



Posmodernismo y hegemonía finisecular

José Manuel Delgado Ocando

Instituto de Filosofía del Derecho "Dr. J. M. Delgado Ocando"

Universidad del Zulia - Maracaibo, Venezuela

Resumen

En este trabajo se aborda el **posmodernismo** como "estructura de sentimiento" que conforma la hegemonía finisecular. La capacidad para no asombrarse, **el todo vale y lo he visto todo** que considera lícita la confusión estética y denuncia la arbitrariedad de las distinciones entre los niveles de la cultura, la crítica que justifica el plagio, el intertexto y la dignidad de la copia, **el no hay futuro** que declara la muerte de las ideologías y crea la placidez existencial del **carpe diem**, **el amor fati** que quiere el destino y rechaza la lamentación melodramática, es la raíz de la idiosincrasia posmoderna. Pero el **posmodernismo**, al no rechazar la racionalidad tecnológica y al acogerse a ella, implica la fe en el progreso y la clausura del entreacto nihilista en el que consiste la posmodernidad.

Palabras claves: Entreacto nihilista, Hegemonía finisecular, Posmodernidad, Estructura de sentimiento.

Postmodernism and end of the Century hegemony.

Abstract

In this work we deal with **Postmodernism** as the “Feeling Structure” of the end of the century hegemony. The capacity not to be amazed, the “**everything is allowed**” and “**I have seen it all**” which looks at aesthetic confusion as licit, and denounces as arbitrary the distinction between the levels of culture, the criticism which justifies plagiarism, intertext and the dignity of the copy, the “**there is no future**” which announces the death of ideologies and creates the existential placidity of the **carpe diem**, **the amor fati** which loves the destiny and rejects the melodramatic lamentation, are the roots of the postmodern idiosyncrasy. But by not rejecting the technological rationality and on the contrary, by accepting it, **postmodernism** shows its faith in progress and the end of the nihilist interval in which it consists. (translated by Brigitte Bernard).

Key words: Nihilist interval, End of the Century Hegemony, Postmodernism, Feeling Structure.

El posmodernismo, como hegemonía cultural finisecular, es la apoteosis del agotamiento de la cultura burguesa producida después de los años sesenta. El posmodernismo es, desde este punto de vista, “una mezcla de niveles, formas y estilos, un gusto por la copia y la repetición... una profunda autoconciencia sobre la naturaleza formal, fabricada de la obra, un placer en el manejo de superficies, un rechazo de la historia... las serigrafías de Robert Rauschenberg y las cajas de Brillo de Andy Warhol, los enormes centros comerciales, las fachadas de cristal, el arquitecto Robert Venturi, **La guerra de las galaxias**, el músico de rock David Byrne, la coreógrafa Twyla Tharp, el Centro Pompidou, la novela **The White Hotel** del

británico D.M. Thomas, Foucault y Derrida... los televidentes equipados con su control remoto 'brincando de canal en canal'" (Todd Gitlin, **La vida en el mundo posmoderno**, Facetas, 4-1990, Washington, USA) (1).

En este texto de Gitlin se notan algunas características, que vale la pena retener, y que serán objeto de análisis más detallados en la presente conferencia. Me refiero al rechazo de la historia, a la autointerrupción de la obra y la textualidad y a la recomposición aforística del discurso.

Por lo que respecta al rechazo de la historia M. Amiot ha destacado, siguiendo a Foucault, que la historia es la matriz **epistémica** del siglo XIX, con sus ideas de analogía y sucesión opuestas al orden y la **mathesis** propias de la época clásica. Es el momento del triedro (trabajo, vida y lenguaje), que, a través de sus respectivas categorías, conflicto, función y sentido, conforman la trilogía modernista de la ciencia, a saber, la economía, la biología y la lingüística. Según Foucault lo propio de la **episteme** histórica es el nivel referencial del discurso que, por medio de la positividad, crea el régimen normativo de las instituciones y el manejo programado de la producción de los mensajes. Es el universo de los saberes humanos, las contra-ciencias, que versan sobre la elucidación de las palabras y de los actos humanos. Por la vía de la **episteme**, como fondo de ciencia posible, la conciencia histórica produce positivities que se institucionalizan y organizan férreamente el mundo de las significaciones humanas. El posmodernismo promueve un rechazo de la historia en el sentido de que ésta deja de ser producción racional de saberes relativos a palabras y actos, para convertirse en "una forma de aprehender y experimentar el mundo y nuestra ubicación, o desubicación, en él". El manejo de superficies en que consiste este rechazo es la negación de la racionalidad estructural de las positivities y, por tanto, la convivencia con los **referenciales** que la historia ha producido. No se trata en verdad de un rechazo de la historia sino más

bien de la negación del espíritu ilustrado en ésta, para denunciar la praxis y, con ella, la posibilidad de un cambio social inducido conforme a patrones racionales (2). Es más, el compromiso del intelectual de vanguardia no debe ser con este cambio sino con la **episteme** que domina la época y que solo puede ser manipulada para ubicarnos o desubicarnos respecto de ella, pero no para desconocerla o transformarla. El posmodernismo quiere cancelar la historia y, sin embargo, se queda en ella, porque la **ruptura epistemológica**, no puede ser obra de la praxis transformadora, y la apariencia de la interrupción de la obra es un movimiento intratextual totalmente inocuo frente a la intangibilidad del sistema. A la inocuidad del tratamiento **pragmático** de éste se suma la autoproducción significativa de los medios. Como dice Eco, los medios (canales + códigos) no transmiten ideologías, son ellos mismos ideologías. La interrupción intratextual de los mensajes no presenta sucesiones lineales, momentos o argumentos, sino más bien una totalidad simultánea de datos, que no se conectan racionalmente (por silogismos) y que sólo se recomponen con la coparticipación del receptor, bajo la forma de una alucinación global que obliga a éste a llenar los intersticios intratextuales sin que pueda salirse de la lógica del funcionamiento del medio. Si no hay posibilidad de praxis transformadora, se crea, por lo menos, la ilusión de una actividad que lleva adelante el impulso determinado por el funcionamiento de los mecanismos de producción de mensajes. Cuando Mc Luhan sostiene que el medio, o mejor dicho, el canal, es el mensaje, muestra la forma más plástica del funcionamiento de la hegemonía, desde el aporte interno del televidente a la información que le brinda la pantalla, hasta el resultado político que la democracia genera al producir resultados conflictivos como efectos de la estructura igualmente conflictiva de donde proceden (3). El rechazo de la historia promueve, pues, la inocuidad pragmática, la coparticipación mecánica del destinatario del mensaje para recomponerlo según la lógica interna del medio, y la configuración del

discurso en términos aforísticos, sin más racionalidad que la que impone el desarrollo programado de la matriz **epistémica**.

Ahora bien, ¿el posmodernismo es pre-qué?. La pregunta de Gitlin es pertinente, pese a que la **ruptura epistemológica** no puede ser nunca la obra de una praxis transformadora (Foucault). La **ruptura epistemológica** es y ha sido enigmática, y las **epistemes** (sistemas) no devienen, sino que son. No hay sucesión histórica entre el Renacimiento, la Ilustración y la Historia; hay rupturas o interrupciones que no han sido logradas adrede y que solo se han dado por el cese de la influencia **epistémica** en la conformación de los saberes y discursos. Tampoco hay sucesión inteligible entre el premodernismo (realismo), el modernismo y el posmodernismo. Se trata de tres matrices distintas que han hecho cambiar la producción de la cultura, pero que nadie previó y únicamente aparecieron cuando el cambio de sistema alteró los procedimientos de producción y elucidación de mensajes. Así como el Renacimiento se caracteriza por la finitud y la circularidad y por la hermenéutica que parte de la codificación de la experiencia; y la Ilustración por el orden y la medida postulados por la **mathesis** y la taxonomía, los cuales son descritos en el **ars combinatoria** (Leibniz), la lengua bien construida (Condillac) y la **Grammaire** de Port Royal; y la Historia por la comprensión del mundo en términos de analogía y sucesión; el premodernismo (Leonardo, Balzac) aspira a la unidad de visión y aprecia la continuidad, el modernismo (Eliot, Joyce, Picasso) “busca una unidad construida, ensamblada a partir de fragmentos o choques o yuxtaposiciones de elementos distintos”, y el posmodernismo abandona la unidad y busca la textualidad (Gitlin) [4]. Mientras que el premodernismo consagra la oposición cultura superior/cultura popular, el modernismo se apropia de fragmentos selectos de cultura popular, los integra, los cita, y refuerza la discontinuidad con perspectivas telúricas (antieurocéntricas) y atávicas (distorsión del realismo por la interrupción del tiempo y de la psicología abisal en el proceso

de la creación estética). El modernismo no es, todavía, el rechazo de la historia, es más bien la búsqueda de la **wirkliche Historie**, con todas las influencias que conforman al hombre y que trascienden el horizonte puramente racional de su existencia. El rechazo se opera por obra del posmodernismo que, como dijimos, abandona la unidad, promueve la textualidad positiva y se interrumpe a sí mismo para que esa textualidad no se convierta en la unidad paradigmática que el modernismo elaboró. Pero para hacer esto era necesario perder el sentido de la admiración que el hombre había hecho nacer de su propia autoestima, y convertirse un poco en el último hombre nietzscheano, resignado, nihilista y decadente, seguro de que todo ha sido hecho ya, de que la oposición cultura superior/cultura popular es una prosopopeya, de que las copias adquieren un valor heurístico, para sonreír ante los trebejos del consumismo, no con el dramatismo de la protesta sino con la ironía que carece de fe y de compromisos y que se niega a transmitir mensajes, y solo busca reproducirlos dentro de los marcos mecánicos y estandarizados del medio (5). Por supuesto que es necesario advertir la diferencia entre arte popular y **pop art** como expresión del posmodernismo. El arte popular es un producto de la industria de la diversión y distracción y en cuanto tal, conformista, tanto en lo ideológico como en lo estilístico. El **arte pop**, por el contrario, se niega a acomodarse a las reglas generales del juego y pone en tela de juicio la validez de toda tradición, convención y norma (Hauser). El **arte pop** muestra la "estructura de sentimiento" en que consiste, especialmente en la pintura, donde se representa, con cierto gusto, el "paisaje" de la gran ciudad americana, que es el "escenario de sus artefactos mecánicamente producidos, a pesar del escarnio que (se) hace de la sociedad industrial moderna" (ibid). Su temática es la segunda naturaleza que conforma el mundo de los bienes de consumo, inefable y devastadoramente operante. La imaginación creadora reconcilia la emoción estética con esta realidad desnaturalizada de bienes de consumo, y acepta, mostrándola,

la “creciente manipulación de la vida y la naturaleza administrada del mundo espiritual”. El **arte pop** rechaza el sentimentalismo, reniega de la trasmisión de un mensaje crítico y se solaza en comportarse, frente a la **banalidad** del entorno de la gran ciudad, de modo irresponsable, antipedagógico, hedonista, **trivial**, erótico y estético. Desde este punto de vista, el **arte pop** es más bien una forma de vida y no una forma de arte y es, por lo mismo, la manifestación más auténtica de la “estructura de sentimiento” posmodernista (6). Pero si la pintura **pop** acepta las cosas de la realidad a las que hay que acomodarse, aunque con un tono irónico y paródico a la vez, la música **pop** es menos conformista y, secretamente, auspicia una vanidosa repulsa del arte popular, con aspiraciones de virtuosismo extraídas de la música sublime (7). Los “conciertos” de música **pop** que, no sin razón han sido calificados de masturbación de masas, no sólo están llenos de rasgos exhibicionistas y agresivos, sino que combinan la majestad del espectáculo (el concierto como tal) con la manifestación multitudinaria de los eventos deportivos, todo en una unidad discontinua, nihilista y anárquica. Esta síntesis extraña que acepta y rechaza, al mismo tiempo, los elementos estéticos del arte sublime, y que, sin embargo, ridiculiza la pose académica de quienes se aferran a su estilo, promueve una especie de **neo-dada** o, mejor, de **super-dada**, negadora del carácter mecánico y estandarizado de la civilización burguesa, “pero sin permitir que aparezca en primer plano el frente político del movimiento y sin incurrir en un nihilismo total frente a los productos del sistema problemático” (Hauser). Es una modalidad de **amor fati** frente a una sociedad de consumo, deshumanizada y sintética, ante la que no cabe ninguna posibilidad de protesta, como no sea la actitud burlesca y escéptica de quienes han decidido no actuar, más por agotamiento y hastío que por adhesión impotente “al mundo de bienes de consumo que se les muestra mudo y extraño”. ¿Cómo se puede ser impasible ante una sociedad cuyas convenciones y productos son asumidos tan radicalmente? El verdadero

problema del posmodernismo es la “estructura de sentimiento” que toma conciencia de dos cosas, a saber, la **necesidad** construida del entorno ciudadano y la futilidad del sentimiento de protesta. Aversión al sentimentalismo, rechazo del melodrama, hedonismo erótico y estético, denuncia del énfasis propio de la indignación moral, he aquí algunas de las características que informan esta idea del mundo (8). Es, en suma, el sentido del agotamiento y la muerte de las alternativas (Hinkelammert). Afortunadamente, como dice Gitlin, el posmodernismo parece estar condenado a ser un entreacto.

Ahora bien, el carácter precario del posmodernismo no ha sido óbice para que su amalgama de sentidos haya penetrado la arquitectura, la novelística, la pintura, la poesía, la planificación urbana, la representación, la música, la televisión y muchos otros campos. Es, como dice Gitlin, un ala del **Zeitgeist**. ¿Por qué, pues, esta transitoriedad y ubicuidad y por qué el posmodernismo, pese a parecer un entreacto, ha impregnado la hegemonía finisecular? El espíritu posmodernista está ligado, según aguda observación de Fredic Jameson, a la cultura del capitalismo multinacional, “en la que el capital, esa abstracción infinitamente transferible, ha abolido la particularidad como tal junto con el yo coherente a quien la historia, la profundidad y la subjetividad se unen”. La transferibilidad del capital explica la globalización de la economía y la difusión del poder del Estado. Los acontecimientos internacionales que se están produciendo, según Joseph S. Nye, muestran más que una transición hegemónica, un desarrollo poliárquico caracterizado por el rápido crecimiento de los factores privados que cruzan fronteras internacionales (grandes corporaciones, partidos y grupos políticos) y por la interdependencia económica producida por el desarrollo espectacular del transporte y las telecomunicaciones. El control de la información y el incremento de los servicios profesionales y técnicos, sucedáneos del dominio sobre las materias primas y la industria pesada, aunado a un proceso acelerado de modernización, urbanización

y aumento de las comunicaciones en el Tercer Mundo, ha creado, según Nye, un fenómeno de disgregación del poder y un debilitamiento del Estado. En este orden de ideas, los grandes problemas que aquejan al mundo dejan de ser conflictos entre Estados, para devenir asuntos planetarios de interés mundial, como la lluvia ácida, el efecto invernadero, el SIDA, el comercio ilícito de drogas o el control del terrorismo. No obstante esto, EE.UU. ejerce una hegemonía imperial por el poder de incorporación surgido de recursos como la atracción cultural e ideológica y la reglamentación de instituciones con jurisdicción internacional. Los EE.UU han logrado crear para el capitalismo un marco político institucionalizado y un sistema de organismos económicos internacionales, que ha permitido el florecimiento de las corporaciones transnacionales y, a través de ellas, el control mundial de la economía. Por más que se habla de la multipolaridad nacida del derrumbe del socialismo, la realidad es que los EE.UU controlan el mundo capitalista, y que casi la mitad de las corporaciones transnacionales tienen su casa matriz en este país con solo un 16% de dichas casas en Japón. La hegemonía política y económica de los EE.UU. es un hecho y el poder persuasivo de la cultura popular norteamericana (pantalones vaqueros, discos norteamericanos), así como el manejo de los **mass media** y la transmisión de mensajes por medio de los cuales se influye en la preferencia de los demás, constituyen la base de la globalización económica, política y cultural del mundo de hoy. Si a esto agregamos la apertura étnica y la atracción política de la democracia, vemos que la "estructura de sentimiento" posmodernista ha signado el espíritu del tiempo y ha logrado, no sabemos por cuanto tiempo (recuérdese que el posmodernismo parece ser solo un entreacto), el dominio de la sociedad abierta. Pero el triunfo del capitalismo plantea problemas muy graves para el propio imperio y, sobre todo, para los países del Tercer Mundo, entre ellos, Venezuela, por supuesto. Así como para nosotros ya no hay alternativa real de redención, porque el capitalismo es

omnívoro y omnipresente, tampoco para el capitalismo mismo hay opción. El capitalismo triunfante, es, como dice Hinkelamert, un capitalismo prepotente y desenfrenado que no necesita de buscar compromisos. Con su dominio científico y tecnológico, la reducción del proletariado tradicional y la internacionalización y globalización del desarrollo, los pueblos del Tercer Mundo, sin alternativas políticas y económicas, se han hecho superfluos, y la actitud del imperio frente a ellos es no la explotación sino su condición de población sobrante, sin perspectiva para cambiar de estado, condenada por el sistema globalizante y nihilista, destinada a ser excluida del mercado mundial y, por tanto, a ser innecesaria. El agotamiento y el rechazo de la historia dejan al explotado sin dignidad y sin posibilidad real de recuperarla. El mundo triunfante del capitalismo es, pues, un mundo sin alternativas, ni para el capitalismo, ni para el Tercer Mundo (9). A la falta de opciones ha contribuido ese espíritu cultural que es un agotamiento y una inercia y que acepta la vacuidad del mundo unidimensional porque, si bien se percata y sufre la angustia que le produce el despedazamiento de la continuidad histórica, siente que la realidad es inmodificable (10). Nunca como ahora, necesarios y superfluos, han coincidido en el agotamiento y la frustración, y, sin embargo, la única alternativa nace de su **entreactividad**, de su carácter transitorio a pesar del rechazo histórico y del renacimiento, bajo otra **episteme**, de la dignidad y la solidaridad humanas (11). Aún en el posmodernismo sigue estando presente la idea ilustrada, y la ineptitud de su comprensión dialéctica para el advenimiento de nuevos tiempos no puede extinguir la voluntad de cambio, que abrirá caminos a la humanidad emergente (12).

La abolición de la particularidad y la abstracción transferible del capitalismo transnacional encuentra, en la computadora, la fetichización del fragmento, el "bit", y privilegia el proceso y la reproducción que es imitado en el arte posmodernista. "El arte -dice Gitlin- expresa esa abstracta unidad y la

enorme e ingrátida indiferencia mediante sus monótonas repeticiones (pensemos en Warhol o en el compositor minimalista Philip Glass), su exhausto antirromance, su actitud de lo "he visto todo", luchando en el mejor de los casos por una especie de superficie que lo abarca todo y resplandece desde el templo mundial de lo posmoderno, el glorioso teatro Pompidou de París, que abrió sus puertas en 1977". El despedazamiento de la continuidad histórica, por obra del capitalismo, rechaza la unidad y promueve la recombinación cultural y la yuxtaposición arbitraria de los elementos, solo vinculados por la polarización inercial de los momentos culturales interrumpidos y recompuestos en una estructura, "donde proliferan imágenes fuera de contexto" y donde los televidentes confrontan el **interruptus** de la televisión norteamericana, que transfiere información cultural y financiera (imágenes de transferencia de capital) con rapidez extraordinaria. La yuxtaposición de los elementos y las cosas se dan en un proceso que, como la banda de neón a lo largo de la autopista o la concurrencia de lo que necesitamos en el centro comercial, carece propiamente de unidad ontológica y solo ofrece la realidad dialéctica de lo que ha ocurrido por la integración abstracta de la ciencia y la tecnología. El complejo **eidético**, la inteligencia especulativa, la de las ideas, es, según penetrante observación de Gaos, sustituido por el complejo **háptico**, esto es, la percepción por contacto que utiliza la inteligencia técnica como rechazo de la idea del mundo. Esta inteligencia técnica y la racionalización que de su uso hace el posmodernismo infunde buena conciencia a la mentalidad de los **yuppies** con su rechazo de la historia y su olvido de la tradición modernista. La índole vehicular de la técnica moderna, la opción por la aceleración (el hombre posmodernista es un **taquista**), el abandono de la inteligencia de la vista, la omnipresencia del complejo **háptico**, hipostasian los procesos industriales y culturales, y crean un mundo sin substancia, vacío y artificial, donde la unidad del mundo se recompone a retazos con la actitud deliberada de forjar la

yuxtaposición abstracta. Esta yuxtaposición, como dice Gitlin, "es una autoconciencia deliberada" cuyo sentido es la síntesis del mundo moderno despedazado, plenamente consciente de la recomposición mercantil de sus partes (sin la perturbación alienante del modernismo) y hundida en el agotamiento, porque siente que lo que hace, aunque transparente y exacto, solo posee la realidad que le confiere la construcción abstracta (13). Lo trágico del posmodernismo es que ha creado un mundo mercantil y cibernético, que cancela la autenticidad de la persona, pero que lo ha creado deliberadamente, con pleno conocimiento de la realidad que ha producido y de su carácter artificial y limitante (14). Aunque se puede criticar este nihilismo y este agotamiento, no se le puede negar lucidez y honestidad. La aversión al sentimentalismo, el gusto por la recomposición de los elementos, la diatriba contra el dramatismo, es lo que hace del posmodernismo una actitud respetable. Fatigados de las ideologías, cansados de la vanidad de la cultura sublime, conscientes de la inocuidad de la praxis, los posmodernistas han creado la "estructura de conciencia" que justifica al imperio, pero sin proponérselo y sin ideologías ni sistemas (15). Una cosa es proclamar el triunfo de la idea del mundo que compartimos y otra es describir la textualidad de la recomposición deliberadamente producida, sin énfasis, sin melodramas, sin caer en la **banalidad** del texto y sin dejarse tocar por la altivez de la recomposición abstracta. Un poco para ser más humildes, pero también para rechazar la historia y para olvidar la **episteme** ilustrada. La única fe que puede inducir la rápida transitoriedad del posmodernismo es su consideración como entreacto. "El tiempo histórico, dice Gitlin, es engañoso para valorarlo. Los entreactos pueden prolongarse y ¿quién está contando?". Frente a la falta de alternativa, dentro y fuera del posmodernismo, solamente cabe el esfuerzo por elaborar una nueva orientación general que cuestione, desde dentro de la hegemonía burguesa, el complejo **háptico** que ha cancelado las nuevas opciones. Solo el rescate de la historia

podrá abolir la inercia del posmodernismo, pero no en cuanto mesianismo ilustrado, sino en cuanto manejo creador de los elementos despedazados del mundo moderno. Esperamos que este rescate no signifique recaer en el patetismo ideológico, aunque el sentido del agotamiento posmodernista tenga que ser denunciado como ideología conscientemente conservadora. El **pre-qué** en que consiste el posmodernismo será, entonces, el advenimiento de un nuevo humanismo.

En conclusión, propongo que se medite sobre las tesis siguientes: a) el rechazo de la historia del posmodernismo es una imposibilidad **epistemática**, como es el marxismo, entendido éste como materialismo histórico; el rechazo de la historia proclama el fin de las ideologías lo cual significa: a') la negativa a elaborar una filosofía política explícita; b') el fetichismo del empirismo; c') la excelencia tecnológica trivial; d') la flexibilidad política y la apertura de las ideas (Wright Mills); b) la praxis como construcción del mundo de la sociedad civil (mercancías, intereses y actitudes proclives al consumo), sin que se busque justificar dicha construcción; c) la plusvalía relativa (explotación de los trabajadores y elevación del nivel de vida de éstos) en cuanto sistema de servicios capitalista y en cuanto modo de construcción artificial del mercado (Lukács) [16]; d) la coherencia del posmodernismo es la intencionalidad de éste en cuanto a la producción de dicho sistema de servicios: por eso declara que la praxis solo se propone producir el mercado, pero no abolirlo o transformarlo. Desde este punto de vista el posmodernismo no es una ideología sino una praxis, esto es, una actividad productora de relaciones sociales materiales. La falla de la crítica marxista de las ideologías está en creer que estas solo justifican y posibilitan la explotación económica, cuando en verdad de lo que se trata es de que la crean. Esto explica que las ideologías solo sean ideológicas fuera de las instituciones donde se realizan. La abolición o transformación de la sociedad civil no puede ser una **ruptura epistemológica** sino una solución de continuidad estructural; e) el sistema de servicios

capitalistas es sintético y abstracto, de modo que su reontologización requiere la cancelación del mundo de las mercancías; toda la economía, gracias a la plusvalía relativa, es artificial y abstracta; el rechazo de la historia (la metahistoria) sólo puede ser un movimiento que supere la abstracción del mercado, es decir, que recomponga las relaciones sociales en un sistema concreto. Por eso el posmodernismo es un entreacto, una praxis constructora de abstracciones que, intempestivamente, alcanzará la reducción del mercado sintético y la reontologización de las relaciones sociales. Se trata, claro está, de una perspectiva dialéctica, metafisicamente opuesta a la teoría foucaultiana de la **episteme**. Dejar de **contar** y cancelar el entreacto. ¿Es ello posible?

Notas

- (1) “Una y otra vez, los autores utilizan, como inspiración para su trabajo, la ruptura **pop** respecto del canon austero del modernismo pictórico, y la adhesión acrítica a lo comercial de una cultura consumista. El paisaje de Las Vegas fue para Venturi y su grupo lo que Madison Avenue para Andy Warhol, o las historietas y el western para Leslie Fiedler” (A. Huyssen, **Guía del posmodernismo en El Debate modernidad posmodernidad**, Buenos Aires, Punto Sur, 1989, Compilación y Prólogo de Nicolás Casullo, p. 276).
- (2) “Foucault reserva su desprecio más violento a la gente que cree que la humanidad moderna puede ser libre” (M. Berman, **Brindis por la modernidad**, ibídem, p. 86).
- (3) “... el único interés legítimo del arte modernista era el arte mismo: además, el único enfoque correcto de un artista en cualquier forma o género determinados era la naturaleza y los límites del género: el medio es el mensaje” (M. Berman, ibídem, p. 81).
- (4) Habermas emplea los términos “modernidad” y “vanguardia” como sinónimos, siguiendo los pasos de Adorno (J.F. Lyotard, **Qué era la posmodernidad**, ibídem, p. 170). Sin embargo la vanguardia americana de los 60 (de Bahía de

Cochinos al movimiento por los derechos civiles, la insurgencia universitaria, el movimiento por la paz y la contracultura) no puede ser asimilada al modernismo (A. Huyssen, op. cit., p. 281).

- (5) “¡No hay futuro! Ser moderno... es ser parte de un universo en el que todo lo que es sólido se evapora en el aire” (M. Berman, **Las señales de la calle (Respuesta a Perry Anderson)**, en **El Debate...**, p. 118).
- (6) “El posmodernismo no es tanto una cuestión de estilo como una cuestión política y cultural en sentido amplio” (A. Huyssen, op. cit., p. 296).
- (7) “Aunque debilitada en su potencial y en su eficacia, la ofensiva cultural contra el arte como institución significó también una ofensiva contra las instituciones sociales hegemónicas. Las violentas batallas sobre si el **pop** era o no arte refuerzan esta perspectiva” (A. Huyssen, *ibídem*, p. 283).
- (8) “La posmodernidad sería, por tanto, una modernidad sin lamentos, sin la ilusión de una posible reconciliación entre juegos de lenguaje, sin nostalgia de totalidad ni de unidad, de reconciliación del concepto y la sensibilidad, de experiencia transparente y comunicable, en una palabra, una modernidad que acepta la pérdida de sentido, de valores y de realidad con una jovial osadía: el posmodernismo como ‘gaya ciencia’” (A. Wellmer, **La dialéctica de modernidad y posmodernidad**, en **El Debate...**, p. 326).
- (9) “En el mundo capitalista avanzado de hoy, es la aparente... falta de cualquier alternativa concebible al **statu quo** imperial de un capitalismo de consumo, lo que obstaculiza la posibilidad de cualquier renovación cultural profunda comparable a la gran Era de los Descubrimientos Estéticos del primer tercio de este siglo” (P. Anderson, **Modernidad y Revolución** en **El Debate...**, p. 114).
- (10) “... la proposición típica de los ‘70 de que ‘todo vale’, ...representa la única versión del consumidor capitalista de que ‘nada anda’, pero que, por lo menos, reconoce que tampoco funcionan las viejas dicotomías” (A. Huyssen, op.cit.,p. 292).
- (11)

“El posmodernismo, en la medida en que no es solamente un programa, una novísima vanguardia o una moda teórica, es la conciencia todavía difusa de un final y de un tránsito. Pero, ¿un final de qué?, ¿un tránsito hacia qué? (A. Wellmer, op. cit., p. 328).

- (12) “¿No se da cuenta de la importancia que tiene, y siempre ha tenido, el desengaño para el crecimiento de la creatividad humana? La desilusión con la Atenas democrática llevó a las Mujeres troyanas y la República de Platón; el desencanto con Jesús de Nazareth... llevó a la mayor parte de lo moralmente creado dentro del Cristianismo - concretamente, la revalorización de los valores que glorificaban el sufrimiento, la sumisión y la derrota; la decepción con la Revolución Francesa llevó a las conquistas creadoras del Romanticismo, el cual nutrió (y sigue nutriendo) una legión de nuevas revoluciones. Y así sucede. Cuando las personas nos encontramos frente a la desaparición de horizontes conocidos abrimos nuevos horizontes, cuando perdemos la ilusión en ciertas de nuestras esperanzas descubrimos o creamos nuevas visiones que inspiran nuevas esperanzas. Es así como nuestra especie ha sobrevivido a tanta tristeza y ruindad a lo largo de los tiempos” (M. Berman, **Las señales...**, p. 118).
- (13) “El presente que habitamos mostraría una fragmentación extrema de la experiencia del hombre, manejado por las lógicas de lo tecnourbano-masivo-consumista. Fragmentación que no podría retornar a ningún valor, plan o cuerpo simbólico integrador de los significados... En esta definitiva e irreversible reiteración de lo mismo, en esta noción de la historia como cumplida, en esta imposibilidad de lo verdaderamente nuevo, a excepción del consumarse de la lógica técnica, se da la crisis de las representaciones, con que la modernidad pensó afirmativamente el desarrollo humano y social. Crisis del sujeto, dice lo posmoderno: el relato más alucinado de la modernidad estableciendo que ése era el sitio de los discernimientos. Y a partir de él, deblacle de la cadena de figuras que el sujeto amparaba: pueblo, clase,

proletariado, humanidad” (N. Casallo, **Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (Introducción a un tema)**, en *El Debate...*, p. 19).

- (14) “En cualesquiera de los aspectos institucionales o tecnológicos de nuestro tiempo chocamos con uno y el mismo fenómeno cultural de desintegración: crisis de la idea de sujeto personal... Las grandes metrópolis modernas son un artefacto técnico: son formas de comunicación administrativa, comercial y científica sólo discurren a través de medios técnicos o performatizados. El mundo de la máquina ha hecho obsoleto al sujeto humano, como ha formulado Anders en su definición de la poshistoria” (E. Subirats, **Transformaciones de la cultura moderna**, en *El Debate...*, p. 222). Y Huyssen dice: “La escatología cibernética y tecnocrática de Mc Luhan y el elogio de Hassan a la ‘infinita dispersión de los medios masivos’ combinaban bien con las visiones eufóricas sobre una sociedad posindustrial” (op. cit. p. 283).
- (15) “... Michel Foucault... habla de un **unmaking** (deshacimiento)... discontinuidad, diferencia... rechazo ontológico del sujeto tradicional pleno, del cogito de la filosofía occidental... Pensar bien, sentir bien, actuar bien, de acuerdo con esta epistema del deshacimiento, es rechazar las tiranías de las totalidades; la totalización en cualquier empresa humana es potencialmente totalitaria” (A. Wellmer, op. cit., p. 321). Así pues “el rechazo posmodernista de la violencia de una razón totalizante” conduce a un “concepto nuevo, por así decirlo, dialógico, posmoderno, de totalidad”. De lo que se trata, entonces, es de “una unidad no violenta de lo múltiple”, es decir, de “una relación no violenta de lo múltiple” (A. Wellmer, *ibídem*, p. 322).
- (16) “Una visión diferente es la que identifica sociedad posindustrial con sociedad de servicios, esto es, por así decirlo, una sociedad altamente ‘terciarizada’... Me refiero a aquellos que atribuyen un papel fundamental a la telemática (informática más comunicaciones) y que ven la marcha hacia una sociedad posindustrial como una progresiva ‘in-

formatización' de la sociedad" (T. Maldonado, **El movimiento moderno y la cuestión post**, en **El Debate...**, p. 26).

Bibliografía

- M. Berman y otros, **El Debate modernidad posmodernidad**, Buenos Aires, Punto Sur, 1989, Compilación y prólogo de Nicolás Casallo.
- P. Burgelin y otros, **Análisis de Foucault**, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, Trad. de Berta Stolor.
- U. Eco, **Apocalípticos e integrados**, Barcelona, LUMEN, 1973, Trad. de Andrés Boglar.
- E. Fromm, **¿Tener o ser?** México, FCE, 1985, Trad. de Carlos Valdés.
- J. Gaos, **Historia de nuestra idea del mundo**, México, FCE, 1973.
- T. Gitlin, **La vida en el mundo posmoderno**, Facetas, 4-1990, Washington, U.S. Information Agency.
- M. Gorbachov, **El mundo futuro y el socialismo**, Suplemento Internacional de Tribuna Popular, Caracas, abril-mayo, 1991.
- A. Hauser, **Sociología del art. 4. Sociología del público**, Barcelona, LABOR, 1977, Trad. de Vicente Romano Villalba.
- F.J. Hinkelammert, **La crisis del socialismo y el Tercer Mundo**, Revista Páginas, Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), Volumen XVI, n. 109, junio de 1991, Lima Perú.
- H. H. Holz y otros, **Conversaciones con Lukács**, Madrid, Alianza Editorial, 1971, Trad. de Jorge Deike y Javier Abásolo.
- Joseph S. Nye, Jr., **La transformación del poder mundial**, Facetas. 4-1990, Washington, U.S. Information Agency.
- A. Pucelle, **El tiempo**, Buenos Aires, El Ateneo, 1976, Trad. de Eddy Montaldo.
- C. Wright Mills, **Poder, política, pueblo**, México, FCE, 1964, Trad. de Julieta Campos.